

La Piel

Antología poética

Edición de Olga Marqués

LA PIEL
(Antología poética)

Olga Marqués Serrano



MADRID, 2009

Portada:
Julia Hidalgo

- © POEMAS: AUTORES VARIOS
- © INTRODUCCIÓN: OLGA MARQUÉS SERRANO
- © PRÓLOGO Y EPÍLOGO: ALBERTO INFANTE

I.S.B.N.: 978-84-613-2827-7
Depósito Legal: M-25003-2009
Realiza: REPROFOT, S.L.
Celeste, 2 - 28043 Madrid

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor.

A mi amigo Manolo

PRÓLOGO

Hace poco, en una reunión de amigos, me habló Olga Marqués de su doble proyecto editorial. Ella es dermatóloga, de gran experiencia y vocación, y tan observadora, que la curiosidad de su ojo clínico le lleva más allá del ejercicio médico cotidiano y lo proyecta hacia las manifestaciones artísticas donde haya muestras de su especialidad.

Me enseñó la maqueta de su libro *La piel en la Pintura*, donde diagnostica y comenta lesiones dermatológicas encontradas al indagar en los personajes de los cuadros; su agudeza llega a descubrir un *xantelasma* en el párpado izquierdo de la Gioconda o una *dermatitis del ama de casa*, en el cuadro *Cristo en casa de Marta*, de Velázquez, entre otros hallazgos. El resultado es muy meritorio y ha conseguido un bello libro, didáctico, y de gran interés histórico y científico.

A continuación del libro sobre la pintura hablamos de éste, en el que están emparentadas la dermatología y la poesía, muy bien estructurado y ordenado.

La indagación ha sido concienzuda para seleccionar un importante y variado muestrario del tema: La piel sana, la piel enferma y la piel herida.

Es un libro, como el anterior de la pintura, muy recomendable para dermatólogos, historiadores y curiosos. Como entre los poemas escogidos hay uno mío y yo también soy médico, me invitó a que le prologara esta antología como colega y escritor.

La intención y el análisis del contenido están ampliamente desarrollados en la introducción, *Dermopoesía*, por lo tanto no quiero ser redundante y como homenaje al tema he construido una coda que va al final del libro, como epílogo, una síntesis a modo de poema collage.

En esta página, lo que quiero, es mostrar mi admiración a Olga Marqués por su empuje y coraje para sacar adelante esta idea tan oportuna y original, pero tan complicada de realizar, por la cantidad de obstáculos e inconveniencias que hay que vencer. Y reconocer también su mérito al incorporar su talento a la historia de la poesía y de la literatura médica, *tanto monta, monta tanto*, como antes lo hiciera un nutrido grupo de médicos humanistas que dignificaron nuestra profesión.

Alberto Infante
20 Febrero, 2009

INTRODUCCIÓN

DERMOPOESÍA

Antes de llegar al mapa del genoma, al acercamiento científico de cómo actúan los neurotransmisores en el cerebro y cómo sus desarreglos provocan en el individuo sus filias, fobias, rarezas, trastornos y genialidades, mucho antes, fueron los pasos empíricos de la magia que derivaran en la medicina.

La *dynamis curativa*, que llamaban los griegos, se basaba en el traspaso de las virtudes de plantas y animales a los individuos que les faltaban.

Los magos conocían desde siglos las leyes *de la semejanza, del contacto y de la oposición* y los mecanismos de la *transferencia*.

Por la *semejanza*, un preparado con ralladuras de púas del puerco espín, del erizo o del cuerno nasal del rinoceronte, por la potencia de sus queratinas, provocarían abundancia y vigor en los cabellos débiles y alopecicos.

Por el *contacto*, la utilización de lombrices de tierra, con su capacidad de cicatrización, serían el remedio para las heridas, así como la tela de araña para cubrir las suturas.

Por la *oposición*, las plantas moteadas se utilizaban para hacer desaparecer las manchas, y las escamosas para quitar las costras.

Por *transferencia*, sírvanos de ejemplo la leyenda citada en el *Bestiario de Oxford*, en que el alcaraván, o el chorlito, por el color ambarino de sus ojos, podía absorber la amarillez característica del enfermo de ictericia fijando en él la mirada, y luego disolverla y curarle al agitar las alas en el vuelo; o ésta otra, funesta norma relatada por Plinio para curar la epilepsia, (*gota coral*, *pues se atribuía al corazón*), que era la de beber la sangre de gladiador, directamente de los labios de la herida, para aprovechar de ésta el enriquecimiento y el vigor que le confería el peligro:

Beven también la sangre de los gladiadores, como con vasos vivos, los que padecen gotacoral, lo qual mirar que la hacen también las fieras en la misma arena causa horror. Pero ciertamente ellos piensan ser efficacísimo remedio sorber la sangre caliente, y saliendo vaheando del mismo hombre, y juntamente con ello la misma alma por la boca de las heridas....

Estos testimonios científicos, tan remotos, de Dioscórides, Plinio, Claudio Eliano, etc., que fueron traducidos e interpretados en el Renacimiento y el Barroco por grandes intelectuales como Andrés Segovia, Gerónimo de Huerta o Fray Luis de Granada, estos

textos reposados en los siglos, nos llegan de candidez transparente a nuestros ojos de láser y microscopios sofisticados; leemos sus sedimentos con sonrisa compasiva y estremecimiento, emocionándonos con las imprecisiones, disparates y fantasías, de su brisa poética.

Los estímulos de la fe y las supersticiones producen sorpresas coincidentes con la lógica.

A San Antonio Abad o Antón de Egipto, monje centenario, fundador del movimiento eremítico, idealizado en sus biografías por sus prodigios, se le venera como santo patrono de los amputados, protector de los animales, los tejedores de cestas, los fabricantes de cepillos, los carniceros, los enterradores, los ermitaños, los monjes, los porquerizos y los afectados de epilepsia, eczema, erisipela, ergotismo (*fuego de San Antón*, o *fuego sacro* o *culebrilla*), y enfermedades de la piel en general. Dejemos el porqué del patronazgo sobre tan pintorescos gremios y vayamos al dermoprotector.

La Orden de los Antonianos se hizo especialista, desde que se fundara, en la atención y cuidado de enfermos con dolencias contagiosas: peste, lepra, sarna, venéreas, y sobre todo en el ergotismo. Sus frailes se establecieron en varios puntos del Camino de Santiago, a las afueras de las ciudades, donde atendían a los peregrinos afectados.

Un suceso famoso, en el que la intuición junto a la casualidad provocan el milagro, se produjo en un pueblo donde su alimento básico era el pan de centeno.

Una invasión de cornezuelo en ese cereal con el que elaboraban sus panes, produjo un brote generalizado de ergotismo a sus habitantes; los religiosos que atendían a los enfermos llagados en su convento les alimentaron con el pan que ellos producían y consumían, elaborado con harina de trigo. Al suprimirles de su dieta el pan de centeno y sustituirse por el de trigo se produjo el *prodigio* de la curación. La lógica dio paso a lo sobrenatural. El mito se hizo nombre y pasó a la tradición con todas la exageraciones que llevan consigo los *milagros*.

Los poetas están más cerca del irracionalismo de la magia que del racionalismo de la ciencia, más próximos a la ilusión que a la realidad.

Los poetas hablan desde la intuición, desde la contemplación que despierta las emociones, o desde la confusión, con resultados sorprendentes destilados por la fantasía.

Podemos encontrar ejemplos, como el de Lope de Vega, en su comedia *El capellán de la Virgen*, donde describe, con extraordinaria claridad, la teoría de los reflejos condicionados, anticipándose doscientos cincuenta años a Pavlov.

La poesía dice mucho más de lo que dice; sus sugerencias, a veces son proféticas.

Los poetas no podrían escribir la historia y sus derivas, los resultados de enredos y estrategias, porque la desvirtuarían con los ditirambos de la épica; no podrían interpretar la ciencia, porque el alma se les

perdería por sus senderos extraños; ni dar fe de los logros de la medicina, porque la lírica les llevaría por la senda de lo divino, a lo milagroso.

A Fernando Villegas Estrada, médico y poeta modernista, autor de un libro interesante *Café Romántico y otros poemas*, de 1927, en cierta ocasión le llamaron para atender a un enfermo grave y dijo a la familia: “No puedo ponerle la inyección que le haría falta, porque yo, más que médico, soy poeta lírico, y he vendido el botiquín para comprarme aguardiente”. Era compañero de tropa bohemia de los *ultraístas* donde también militaba el adolescente Armando Buscarini, que murió de sífilis en un manicomio y del que se ha seleccionado su soneto *Hospital de leprosos*.

Armando Buscarini ha sido el último de los autores incorporados al índice de esta recopilación por las características singulares de su testimonio.

Desde el ilustrado y eminente Quintana al crápula Buscarini, desde el lejano Ovidio a la joven Julieta Valero, han venido los poemas que forman esta antología.

Antología de la piel es una selección de poemas, —la mayoría en castellano, con alguna muestra de ilustres autores de otras lenguas (latín, italiano, inglés, francés, alemán, griego...), que va desde el periodo clásico latino, hasta nuestros días, —en que ***la piel*** protagoniza el tema. Para su elaboración se ha hecho un gran rastreo de autores, seleccionando más de mil poemas, para elegir definitivamente éstos que forman el libro. Se han distribuido en tres apartados:

1. La piel

No sólo porque en virtud de las terminaciones nerviosas nuestra piel es el órgano del sentido del tacto, sino también porque el aspecto externo del individuo, es decir, la estética del cuerpo humano, está en buena parte condicionada por el color y la textura de la piel.

Los poetas distinguen de las funciones de la piel su virtud de producir emociones. Desde su contemplación, la sensualidad se despierta; luego, la percepción de su olor y el acercamiento intensifican el erotismo que se manifiesta pleno con el tacto y su lenguaje de caricias conducente al goce del amor. El amor y su geografía es el tema más recurrente no sólo en la poesía, sino en el resto de las artes; su *ostinato* ha persistido en todas la épocas.

Las modas han cambiado las preferencias y permutado de una cultura a otra, desde el concepto de piel sana, a cómo cuidarla y adornarla: de la palidez, al bronceado, de lo natural, a la sofisticación de maquillajes, afeites, tatuajes, piercing y otras agresiones culturales a su naturaleza.

*Blanca me era yo
cuando entré en la siega;
diome el sol y ya soy morena.
Blanca solía yo ser
antes que a segar viniese,*

*mas no quiso el sol que fuese
blanco el fuego en mi poder.
Mi edad al amanecer
era lustrosa azucena;
diome el sol y ya soy morena.*

El artista plástico detiene el tiempo y es el referente más exacto del concepto de belleza y sus modas. El arte plástico es más explícito y explicativo interpretando los cambios de los cánones de la hermosura. La personificación de la belleza en Venus, por ejemplo, ha sido interpretada en todas las etapas de la historia del arte y los pintores han dejado con su enfoque los tipos de belleza de su tiempo.

Por ejemplo: Botticelli, en *El Nacimiento de Venus* trata de reconstruir una pintura perdida de Apeles, descrita en una poesía de Poliziano, y contemplada también por Homero, en algún poema, y por Ovidio en *Las Metamorfosis*.

*Por los céfiros lascivos empujada
veríais la diosa que del mar salía
exprimiendo cabellera remojada
mientras otra mano el pecho la cubría.*

La piel de Venus es blanca con ligeros matices amarillentos y rosados, su figura es delgada y púdica su postura. No representa a la piel viva y flexible, a la carne tibia, más bien recuerda la

superficie de una estatua esculpida en marfil. Refleja los gustos del Renacimiento.

Cincuenta años más tarde, otro maestro, Tiziano, interpreta la belleza de Venus, y desde la piel, hasta las composturas mostrando la belleza, da un giro *in crescendo* hacia la sensualidad. Medio siglo más tarde Rubens reinterpreta el mito recreando el modelo de Tiziano y vemos también el cambio de moda, tanto en la piel como en las formas.

Por los mismos años que Rubens, Velázquez poetiza sobre la diosa con su desnudez, dando más importancia, más erotismo, a la piel y al cuerpo que a su rostro, que queda difuminado en el espejo.

En el poema no son tan evidentes, por su expresión, temporal y efímera, estos conceptos y descripciones del tema que tratamos, porque la poesía se hace con palabras. La palabra y su ámbito, no específica, sino que varía dentro de las percepciones de cada lector. El poeta lanza la flecha casi sin apuntar, porque cada lector es una diana distinta; el poeta la cifra, para que la descifre el lector.

2. La segunda parte trata de *Las enfermedades de la piel*.

En el capítulo anterior tomaba campo la belleza en la piel tersa, en su aura luminosa, en los cabellos preciosos, que eran sinónimos de alegría en su contemplación y de placer en su goce. El poeta se expresaba en tono lírico o apasionado.

En este capítulo, el poema entra en las gamas grises del displacer y del dolor; los tonos éticos van, desde la compasión de Rafael Morales y Pablo Neruda en sus poemas a los leprosos, a los de escarnio en los poetas del Barroco capitaneados por Quevedo, en su visión de calvos, sarnosos, etc. pasando por los tonos épicos en los documentales referidos a enfermedades tan temidas como la sífilis y la viruela.

Lo mismo ocurre con los tonos estéticos que van, desde la obviedad descriptiva, al ácido realismo del feísmo modernista, pasando por la deformación esperpéntica con sus metáforas crueles y por las pinceladas ingeniosas de las greguerías.

En 1530, el poeta y médico veronés Girolamo Francastoro, basándose en unos versos de Ovidio, escribe un texto poético en latín, *Syphilus sive de morbo gallico*, en el que el pastor Syphilo es castigado por el dios Apolo a padecer la enfermedad por haberle ofendido.

La obra de Francastoro fue muy difundida por la minuciosa descripción que hace de la enfermedad y de sus fases, y el término *Sífilis* quedó definitivamente acuñado para definirla, tanto popular, como científicamente.

Poco después, a comienzo del S. XVI, Francisco López de Villalobos nos deja otro testimonio poético sobre la enfermedad, en su *Tratado de las pestíferas bubas*, que era como se denominaba también a dicho mal.

Otros documentos históricos nos han llegado de forma épico-lírica, como el del poeta de la Ilustración Manuel José Quintana y la del humanista venezolano Andrés Bello que coinciden en sus odas en el reconocimiento y gratitud a la expedición del doctor Balmis.

Francisco Javier de Balmis, médico personal de Carlos IV, convenció al monarca para distribuir la vacuna por todo su imperio. El rey estaba sensibilizado por el tema; una de sus hijas había muerto de viruela. Y así en 1803 partió Balmis a bordo del *María Pita*, dejando un empleo cómodo y bien pagado para emprender una peligrosa vuelta al mundo que duró tres años y que probablemente constituye la más grande y noble gesta en la historia de España: la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna.

En ocasiones la jerga científica entra con sus nomenclaturas y su lenguaje críptico en el terreno de la expresión poética por su eufonía y sus perífrasis. Si decimos que: *Las pecas son máculas pigmentadas*, nos sonará a endecasílabo gongorino; si nos vamos a su nomenclatura científica, *lentigo*, *efélides*, nos parecerán perlas del renacimiento; lo mismo que si nos fijamos en su descripción histológica: *hiperplasia epidérmica con aumento de las crestas epidérmicas interpapilares y un aumento del número de melanocitos a nivel de la capa basal epidérmica...* o ésta otra del lunar: *Los nevus son proliferaciones de las células melánicas...*

parecen apuntes de un poeta forense del barroco conceptista.

Un mosaico expresivo y testimonial encontraremos en los poemas de este capítulo.

3. La tercera parte está dedicada a *La piel herida*.

Otra vez el dolor es quien provoca el poema y lo hace estallar. La herida con todos sus sinónimos: úlceras, desollamientos, degollamientos, forman su andamio poético.

La herida es el ascua de donde estalla el poema; desde la descripción realista de Antonio Porpetta, pasando por la estremecedora en *La carbonerilla quemada* Juan Ramos Jiménez, hasta llegar a la mística de Gerardo Diego o Unamuno, sólo cabe en el tema, el sufrimiento y la lástima, el rojo y el negro. Hay pocos aderezos expresivos que distancien o mitiguen la crudeza del asunto.

Entren ustedes y disfruten de las caricias de la palabra y también de su temblor compasivo.

Olga Marqués

LA PIEL

Piel
Tacto
Olor
Color
Envejecimiento
Cabello
Estética de la Piel

PIEL

GRISELDA ÁLVAREZ PONCE DE LEÓN
(Guadalajara, México, 1913)

Piel

Tu piel madura, festiva es al tacto,
como llovida en plenitud te envuelve
si a veces en follaje se resuelve,
con la aridez en otras hace pacto.

Camino de la seda tu contacto
en bengalas de sol se desenvuelve
porque magnética, termal devuelve
las corrientes oscuras de lo abstracto.

Protectora absorbente, sensitiva,
permeable también, dura en tus manos,
pedernal del amor, iniciativa.

Si el pigmento divide a los hermanos
tú y yo sabemos que la piel, cautiva
y somos por la piel aún más humanos.

ALAIDE FOPPA
(Barcelona, 1914 - 1980)

La piel

Es tan frágil la trama
que la rasga una espina,
tan vulnerable
que la quema el sol,
tan susceptible
que la eriza el frío.
Pero también percibe
mi piel delgada
la dulce gama
de las caricias,
y mi cuerpo sin ella
sería una llaga desnuda.

ÁNGEL GONZÁLEZ
(Oviedo, 1925 - Madrid, 2008)

Geografía humana

Lúbrica polinesia de lunares
en la pulida mar de tu cadera.
Trópico del tabaco y la madera
mecido por las olas de tus mares.

En los helados círculos polares
toda tu superficie reverbera...
Bajo las luces de tu primavera
a punto de deshielo, los glaciares.

Los salmones avanzan por tus venas
meridianos rompiendo en su locura.
Las aves vuelan desde tus colinas.

Terreno fértil, huerto de azucenas:
tan variada riqueza de hermosura
pesa sobre tus hombros, que te inclinas.

JUAN RUIZ DE TORRES
(Madrid, 1931)

Desnudo

¿Qué es la piel
sino el límite
tembloroso y final del universo?
¡Y qué fascinación
contemplarnos desnudos,
más allá del amor y de la plata!
Azularnos, buscando
esa fiel transparencia, y ese virgen
comienzo de los otros...

JUAN RUIZ DE TORRES
(Madrid, 1931)

Amor, Desesperanza

Amor, desesperanza:
todo cabe
en esta piel reseca
que trabajó una vida.

MARÍA VICTORIA ATENCIA
(Málaga, 1931)

La piel

En el corto universo de Holanda compartida
que la noche abandona, usual, al amor,
nada sucede, fuera de un orden, salvo —acaso—
la siempre transitoria confusión de otra piel
que nos reviste el alma y la desuella luego.

FÉLIX GRANDE
(Mérida, Badajoz, 1937)

*Antes que el tiempo expire,
nuestras manos.*

Océano de piedad, luz honda de mujer.
Levadura del tiempo mientras el tiempo exista.
El tacto y el olfato y la lengua y la vista
junto a tu cuerpo son maneras de nacer.

El hombre es taciturno y nace para ser
desgraciado, perdido, sin nada que lo asista.
Esto es horrendo, inocuo, y no hay quien lo resista
si no puede mirar, tocar, besar, lamer, morder.

Ella pone pomada, ella pone vendaje,
ella amortigua el triste absurdo del viaje,
ella es el centro, el único lugar a donde ir.

Los hechos y los años son mentira y estrépito
y el destino es un mudo miserable y decrepito.
Sin mujer en las manos lo mejor es morir.

NONI BENEGAS
(Buenos Aires, Argentina, 1947)

La piel, I

Como si la piel
como un pañuelo de cuatro puntas
y un centro inestable
recogiera
las inscripciones
Una bandera
retenida
de un país imaginario

La piel, II

La piel
de atolón de corales
de lluvia con sol
 bruñida
y pañuelo sin lágrimas
 extensa
y suavidad de puntas para mecer la corola
o simplemente alojar
el imán poroso de las repeticiones
la piel de borde de pupila donde bebe el bosque
y la sombra crece iridisada
de innumerables vetas de césped y jade
de la tierra desdoblada en su apariencia

MANOLO ROMERO
(Guareña, Badajoz, 1948)

Esta piel no es la misma
que me vestiste acariciando
sus costuras y que al final
anudabas quedándote dormida.
Ya no es mi cuerpo,
ahora es del dolor, su territorio.

ALBERTO INFANTE
(Madrid, 1949)

La piel

La piel. Tú eres mi piel.
Yo soy tu piel.
Somos tu piel y mi piel,
parpadeo solar viajando hacia la nada,
y no hay ungüento, pócima, espanto
para la desintegración más bella
que jamás han visto
tantos orbes cerrados,
ni cielo como el de esa barca
sobre la arena gris,
ni flecha con su dardo en agua.
En cuanto a la imaginación:
respira, llora, suda...
a lo más,
vive en el aire.
Pero la piel, lo que se dice piel,
ésa eres tú. Y algo se encierra ahí,
traslúcido al ojo.

Y es sagrado.

ANA MARÍA MAYOL
(Buenos Aires, Argentina, 1953)

Memorias de mi piel

Mi piel tiene memorias de tus manos
recorriendo el desnudo de mi entrega
tiene tu aroma
tu costado tu aliento
tu sabor
tu triunfo
mis derrotas
Mi piel tiene sonidos de ternuras
vibrando
cada encuentro en la penumbra
tiene tus restos y tus rastros
la luz opaca del deseo
y el rostro del amor
amaneciendo.

LUIS MARÍA MURCIANO
(Madrid, 1965)

De tu piel

Tu piel es muchas veces como el fuego,
una hoguera a extinguir, una azagaya
que rasga el tibio roce de mis labios
como un brocal de nieve y de cenizas.

Tu piel es muchas veces como el agua,
apenas sin perfiles ni contornos,
atlas de luz que dócil se estremece
temblando de misterio entre mis manos.

Tu piel es otras veces como el viento,
tallada en un marfil de blanca nube,
espejo transparente de tu carne.

En el mar de tu piel maravillada,
después de naufragar bajo sus olas,
mi corazón se adentra en lo más tuyo.